



LAS CLAVES SECRETAS DE NUESTRA HISTORIA

ALIENS ANCESTRALES

JOSEP GUIJARRO

Luciérnaga

JOSEP GUIJARRO

ALIENS ANCESTRALES

LAS CLAVES SECRETAS
DE NUESTRA HISTORIA



Ediciones
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Josep Guijarro, 2015

© de las fotografías: Josep Guijarro, excepto: Miguel Bernabé (pp. 59-60); Universidad de Buckingham / Universidad de Sheffield (p. 263).

Primera edición: octubre de 2015

© Editorial Planeta, S. A., 2015

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Libros Cúpula es marca registrada por Editorial Planeta, S. A.

www.planetadelibros.com

ISBN: 978-84-15864-80-6

Depósito legal: B. 16.249-2015

Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

1

¿DIOSES O ASTRONAUTAS?

Prehistoria es el nombre que damos a la amnesia casi total que ha sufrido nuestra especie y que afecta a más de cuarenta mil años de nuestro propio pasado.

GRAHAM HANCOCK

Nicaragua, mayo de 2008

Aterrizar en medio de la selva es una experiencia sobrecogedora, incluso para mí, que nunca he tenido miedo a volar. A los mandos de la pequeña avioneta, un asturiano, que trabajaba desde hacía tres años para la compañía TACA, me permitiría vivir la maniobra de aproximación desde una posición privilegiada.

Cuarenta minutos antes, el Cessna Cruiser había despegado de Managua, ofreciéndonos una panorámica única de sus volcanes, que, desde las alturas, mostraban desafiantes sus fumarolas. Tras alcanzar la altitud de crucero, los 7.500 metros, ya sólo nos acompañó la vista azul del lago Nicaragua, un mar dulce y, curiosamente, no potable, que, casi al final de su extensión, dejaría ver mi destino: el archipiélago de Solentiname. Sobrevolamos sus islas, y al dejarlas atrás, todo lo que alcanzaron a ver mis ojos era de color verde, una tupida alfombra de árboles tan sólo resquebrajada por el curso del mítico río San Juan, el mismo que los conquistadores navegaron en busca del «estrecho dudoso».

Cuentan que Cortés le envió una carta al emperador Carlos I en la que decía: «El que posea el paso entre los dos océanos po-

drá considerarse dueño del mundo». Sus palabras determinarían el destino del futuro país, ya que, a partir de entonces, decenas de expediciones fueron en busca del codiciado paso que conectaba océano con océano.

—¿La ves ya? —me preguntó el comandante.

Yo sólo veía selva por todas partes, pero, de repente, reparé en una estrecha línea marrón que se dibujaba en medio de la espesa vegetación: era la pista de aterrizaje.

—¿Ahí es donde tomaremos tierra? —pregunté con cierta aprensión.

El comandante asintió.

Tragué saliva.

El descenso fue vertiginoso. Me agarré con fuerza a los reposabrazos de mi asiento, y al tocar el suelo, todo se sacudió. Tras el seísmo (unos segundos que se me hicieron interminables), el ruido de las hélices a pleno rendimiento y, después, el silencio. Había llegado a San Carlos.

La capital del departamento de Río San Juan está situada a 290 kilómetros al sureste de Managua, y era el punto de conexión para llegar a mi destino: la isla de Mancarrón.

Un destartalado taxi, por llamarlo de algún modo, me llevó desde el aeródromo al embarcadero por embarradas calles donde viven, o, mejor dicho, malviven, 55.000 almas. El archipiélago de Solentiname se halla a treinta minutos en *panga* desde este punto. La panga no es un pez; con ese nombre los habitantes de la zona designan las embarcaciones neumáticas que navegan por el lago Nicaragua y el río San Juan.

Me dirigía a Solentiname para documentar un reportaje sobre la insurgencia contra el dictador Anastasio Somoza, que fue liderada por la guerrilla del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) y un monje trapense* llamado Ernesto Cardenal, que todavía es venerado por los campesinos del archipiélago y al

* Los trapenses son una orden monástica católica cuyo nombre oficial en latín es *Ordo Cisterciensis Stricterioris Observantiae*. Fue fundada en Francia en 1664 por Armand Jean Le Bouthillier de Rancé. Cardenal se formó en el monasterio de Nuestra Señora de Getsemaní (Kentucky, Estados Unidos).

que podría considerársele un precursor de la teología de la liberación. Pero el destino tenía otros planes.

Y es que nada ocurre por casualidad. Hace mucho tiempo que me siento guiado por una extraña y poderosa fuerza que pone frente a mí informaciones, situaciones y personas que por un lado acrecientan mi curiosidad y por otro me resuelven inquietudes. De no haber sido por una visita «casual» al Museo de Mancarrón, la mayor isla del archipiélago de Solentiname, nunca me hubiera enterado de la existencia de la Cueva del Duende y no hubiera podido relacionar los petroglifos que encontré en la selva nicaragüense con otros cincelados en piedra al otro lado del Atlántico.

El museo está dedicado a la figura de Severo Sini, un arqueólogo y naturalista italiano (1930-1997) que trabajó sin descanso en la clasificación y el estudio de los hallazgos arqueológicos del archipiélago de Solentiname. Una de las paredes del museo estaba decorada con una extraña representación antropomorfa acompañada de algunas espirales, sin ningún tipo de anotación.

—¿Dónde está esta figura? —le pregunté al guía, con cierta perplejidad.

—En la Cueva del Duende, en la isla de La Venada —respondió sin titubeos. Y añadió—: Si le interesa, mañana puedo llevarle hasta allí.

Dicho y hecho.

No pegué ojo en toda la noche. No sé si por la excitación de la aventura que inesperadamente se dibujaba en el horizonte de aquel viaje, por las incomodidades de la austera cabaña en la que me alojaba o por la sinfonía de sonidos amenazantes que surgían de la selva nicaragüense.

Tras un frugal desayuno a base de un plato de arroz con frijoles, lo que allí llaman gallopinto, nos embarcamos rumbo a La Venada.

Cuando nuestra barca se puso en movimiento, preví que el viaje daría más de sí de lo que nunca me hubiera imaginado. El calor era realmente agobiante, húmedo y pegajoso.

Con sus más de ocho mil kilómetros cuadrados de extensión, los nicaragüenses llaman al lago Nicaragua «el mar dulce» o Cocibolca, en lengua náhuatl.

Dicen que cuando las tormentas azotan la laguna, es muy peligroso navegar sus aguas por culpa del viento, pero el único que yo notaba en el rostro era el que generaba la velocidad de la panga en su recorrido hacia la isla. Las aves levantaban el vuelo a nuestro paso, asustadas por el atronador sonido de los motores, hasta que, al llegar a la parte norte de La Venada, todo enmudeció.

La panga se detuvo a pocos metros de la orilla. Desenfundé mi cámara y bajé de la embarcación. La cueva natural está al nivel del lago, rodeada de vegetación. Allí, al aire libre, en la entrada de la cueva, ya pude advertir los primeros petroglifos. El «duende» se encontraba en el interior, bajo un techo medio derruido, junto a otras «caritas» y espirales, que se extendían sobre la pared oeste, en un panel de roca de diez por 1,20 metros.

—¿Por qué le interesan tanto estos dibujos? —me preguntó al fin el patrón de la panga.

—Porque en mi país tenemos dibujos casi idénticos —le respondí, tras disparar una foto más—. Dígame, ¿cómo es posible que antes del descubrimiento de América, antes de que hubiera un contacto cultural, los hombres primitivos de un lado y el otro del Atlántico dibujaran los mismos signos?

El buen hombre se encogió de hombros.

En realidad, era un misterio al que tampoco yo podía responder.

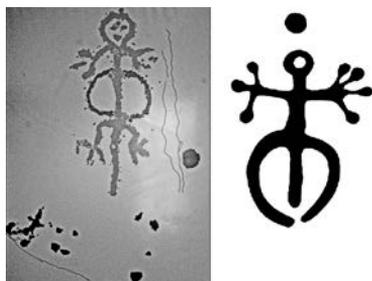
En efecto, el «duende» de La Venada guardaba una inquietante similitud con la «divinidad astral» de La Fresneda, en la región turolense del Matarraña.

Amador Rebullida, que ha dedicado tres décadas al estudio del patrimonio arqueológico de La Fresneda, entiende que se trata de una divinidad prehistórica de naturaleza masculina. Según su interpretación:*

El surco vertical significa el eje del mundo atravesando el firmamento, figurado por el círculo abierto por su parte inferior.

* Ávila Granados, Jesús. *Matarraña insólito*. Viena Ediciones, 1ª edición, noviembre 2009, p. 56.

La revolución del conjunto está indicada por los brazos de la cruz, que tiene en sus extremos los siete astros móviles sobre el fondo de las estrellas fijas, separados en dos grupos: uno de tres elementos (Mercurio y Venus, que nunca se apartan del Sol en su rotación), y el otro con los cuatro restantes (Marte, Júpiter, Saturno y la Luna), que recorren, cada uno según su velocidad, los distintos signos del Zodíaco. El círculo superior indica el giro de las estrellas circumpolares.



A la izquierda petroglifo de la Cueva del Duende, que guarda curiosos paralelismos con el hallado en una losa situada en el extremo sudeste de la colina de Santa Bárbara, en La Fresneda (derecha).

Investigar la relación entre las representaciones prehistóricas y los cuerpos celestes es, todavía hoy, tabú en ciertos círculos académicos, porque casi nadie quiere reconocer que la cultura neolítica pudo poseer una ciencia astronómica mucho más avanzada que la medieval. Esta posibilidad ha abonado el campo a ideas que sugieren cierta injerencia externa: la teoría de los dioses astronautas.

—¿Por qué llaman a esta gruta la Cueva del Duende?

El patrón sonrió.

—Eso sí sé responderlo —me contestó—. Los niños decían que aquí jugaban con unos hombrecitos pequeñitos.

Di un respingo.

No era la primera vez que, en lugares que albergan grabados prehistóricos o pinturas rupestres, recogía el testimonio de gente que aseguraba haber visto ovnis y seres antropomorfos de pequeño tamaño. De modo que pregunté directamente.

—¿Se ven luces aquí?

—Algunos dicen haberlas visto salir del lago, y también en el Sitio, otra zona donde hay dibujos «de éstos». Nosotros

—continuó explicando— decimos que son las almas de nuestros antepasados.

—¿El Sitio?

—Sí, en Mancarrón.

Miré a mi guía con complicidad. No necesitó más explicaciones.

—¡Llévenos! —exclamó.

El Sitio H

El Sitio H se ubica en la parte sureste de la isla de Mancarrón, en la cumbre de una loma orientada hacia el norte y el este. En este lugar se encuentran trece rocas grabadas por los antiguos habitantes de la isla, o con huellas producidas por usos diversos. Además, estas rocas de andesita se hallan en un área que fue un antiguo centro ceremonial.



La Piedra del Llanto, en Nicaragua.

Llegar hasta la Piedra del Llanto no fue fácil. Tuvimos que abrirnos paso por la vegetación, a machetazos, en medio de una humedad y un calor que resultaban insoportables. Pero el esfuerzo valió la pena. Finalmente dimos con la roca, que se halla pro-

tegida de las inclemencias meteorológicas por una simple uralita. Se supone que muy cerca hay un cementerio náhuatl aunque todavía no se ha llegado a encontrar.

Estaba cincelada con gran uniformidad y mostraba varias espirales junto a un dibujo geométrico de líneas entrelazadas, como si fuese un tejido. Más tarde supe que este motivo también se había encontrado en algunos fragmentos de cerámica obtenidos por Severo Sini en este mismo lugar en 1995, y que, a su juicio, podría representar el *petatl*, el símbolo del poder en la iconografía náhuatl.

¿Qué significaban estas espirales? ¿Para qué las representaban nuestros antepasados? ¿Cómo es posible que a un lado y al otro del océano aparezcan los mismos símbolos si no hubo ningún contacto cultural antes de la Edad Media?

Muchas preguntas y muy pocas respuestas.

En todo caso, cabría considerar la posibilidad de que una fuente común, de la que hemos perdido el recuerdo y de la que no se habla en los libros de historia, hubiera alcanzado lugares tan distantes como Europa, América, Oriente Medio, Indochina o Egipto. Pero ¿cómo? Estaba a dos días de obtener nuevas pruebas al respecto... en Honduras.

Copán, el misterio de los mudras

En este país se halla la legendaria ciudad maya de Copán. Fue descubierta en 1570 por Diego García de Palacio, pero permaneció olvidada hasta el siglo XIX, cuando unos exploradores encontraron, ocultos por la densa selva del oeste de Honduras, una serie de monolitos y de empinados montículos. Al hacer claros en la vegetación quedaron al descubierto construcciones piramidales con misteriosos dibujos. Los monolitos caídos resultaron ser esculturas de una calidad jamás vista en el continente americano. La ciudad maya de Copán había sido redescubierta.

Aterricé en San Pedro Sula el 28 de mayo, a bordo del TA574 procedente de El Salvador. Estaba deseoso de llegar al hotel para darme una ducha y consultar en Internet informaciones relativas

a los hallazgos a los que había tenido acceso hasta aquel momento.

Di con el estudio «Arte rupestre del Sitio H y la Cueva del Murciélago, archipiélago de Solentiname, Nicaragua» de Patrizia Di Cosimo, especialista en civilizaciones precolombinas en la Università degli Studi di Bologna. Lo imprimí con intención de leerlo al día siguiente, de camino a Copán.

A pesar de que la distancia no era excesiva, sólo 175 kilómetros, tardamos algo más de tres horas en llegar a la denominada Atenas maya y, para colmo, bajo una intensa lluvia, consecuencia de la cola de una tormenta tropical.

El madrugón fue histórico. A las cinco ya estábamos en camino. Tomamos la CA4, en dirección a Santa Rosa de Copán y después pasamos a la CA11 hasta que la selva nos rodeó. Buena parte del recorrido discurre paralelo al río Copán, que nos regalaba vistas de ensueño a cada curva.

El conductor trató en vano de iniciar una conversación.

—Ahora es mejor viajar por Intibucá que por Cortés —me dijo—, la carretera está muy buena, se ahorra tiempo, pero no podría ver estos paisajes tan bonitos.

Yo sólo pensaba en dormir. Estaba agotado.

Alrededor de las ocho de la mañana llegábamos a Copán Ruinas, una coqueta aldea de aspecto colonial con estrechas calles empedradas y repletas de singulares moto taxis, que se halla situada a poco más de un kilómetro de las ruinas de la ciudad maya.

Lo que hoy es el conjunto arqueológico funcionó, en realidad, como centro ceremonial, y es una muestra más de esta portentosa civilización, que alcanzó su máximo esplendor entre los siglos VI y VIII de nuestra era.

Al bajar del vehículo constaté que el cielo era gris plomizo.

—¿Cree que lloverá? —le pregunté al chófer antes de despedirme.

—Sí, en la radio dijeron que está llegando la cola de Alma.

Alma era el nombre de la dichosa tormenta tropical que me perseguía desde Nicaragua, regalándome viento y agua a raudales. Mi mayor preocupación residía, pues, en el cielo.

Dejé el equipaje en el hotel y, bajo un molesto sirimiri, me dirigí al conjunto arqueológico. Aunque el yacimiento ocupa alrededor de un kilómetro cuadrado, aún hay unos trescientos edificios y construcciones por explorar, diseminados en más de cien hectáreas de selva.

Al entrar en el recinto, me dieron la bienvenida un montón de guacamayos de colorido plumaje, que, según supe después, formaban parte de un programa de recuperación de estas aves. A no más de cien metros, tras un corredor de frondosa vegetación, vislumbré el perfil de una pequeña pirámide. Entonces la lluvia arreció. Corrí a refugiarme al interior del Museo de las Esculturas. Ahora creo que tampoco fue por casualidad. Atravesé el largo túnel que conduce al interior del recinto y me asombré al descubrir, al otro lado, una reproducción, a tamaño real, del templo de Rosalila, un edificio de catorce metros de alto, ricamente decorado y pintado en colores rojo, verde y amarillo, que fue descubierto en 1989 en medio de la selva, bajo otras construcciones mayas. Frente a él, también calado por el agua, me esperaba Antonio Ríos Aguilar, uno de los guías más expertos del complejo arqueológico, que trabaja codo con codo con los arqueólogos que tratan de desvelar, en la actualidad, los secretos de esta ciudad maya. Juntos recorrimos los pasillos del museo observando el enigmático Altar Q, así como algunas de las más famosas estelas Copán, entre ellas la del rey 18-Conejo. Fue entonces cuando reparé en algo sorprendente. Los rasgos del famoso rey maya eran ¡orientales! Diría más, chinos. Pero ¿podrían los chinos haber viajado a América antes que Colón y dejado su impronta en esas latitudes?

En la segunda planta del museo hallé alguna que otra clave que reforzó mi intuición. Varias figuras esculpidas en los frisos de los edificios copanecos mostraban a los reyes con las manos en unas extrañas posiciones.

—¡Parecen mudras! —exclamé.

—En efecto —me explicó Antonio—. Los mayas practicaban la meditación, y muchas de las estelas que verás a continuación muestran la posición de las manos en esa actitud.



Los frisos copanecos contienen gestos de manos que se corresponden con los mudras orientales.

Los mudras son sencillos gestos corporales, empleados generalmente en el Hatha-Yoga, pero, también, en otros tipos de meditación, y tienen por objeto canalizar adecuadamente la energía a través del cuerpo. Aunque su origen no está claro, las primeras referencias escritas a estos gestos se hallan en la tradición budista. Se empleaban en ceremonias secretas dentro de los ritos del budismo tántrico tibetano, el budismo chino, conocido como Chen-Yen, y el budismo japonés. En este caso, los mudras, junto con los mandalas, los mantras y las asanas, se utilizaban para invocar los Tres Misterios (espíritu, habla y cuerpo), que servían para armonizar y ayudar a conseguir la iluminación.

Y lo que tenía ante mis ojos era un auténtico desafío. ¿Cómo era posible que los antiguos mayas conocieran y practicaran técnicas meditativas propias de otras latitudes? ¿Alguien había fijado su atención en estas similitudes?

En efecto, el especialista Shao Pang-Hua constató que muchos frescos y frisos mesoamericanos reproducían muy a menudo posiciones yóguicas estándar. La posición del loto o padmasana, por ejemplo, se encuentra con frecuencia, y también el lalitasana o postura relajada y llena de gracia, así como los mudras (gestos) de manos y pies. Eso sólo podía demostrar una cosa: los mayas establecieron algún tipo de contacto con viajeros

de otros continentes antes del descubrimiento de América. Y eso es, precisamente, lo que sostiene Alice B. Kehoe, del Departamento de Antropología de la Universidad de Wisconsin-Milwaukee, en un estudio titulado *The Fringe of American Archaeology: Transoceanic and Transcontinental Contacts in Prehistoric America*. Kehoe advierte de las semejanzas en la cultura, los juegos, las tecnologías e, incluso, entre las pirámides escalonadas mayas y las estructuras similares del Sudeste Asiático, sobre todo de Camboya. La pirámide de los nichos, en Tajín, en el estado mexicano de Veracruz es sorprendentemente similar a los templos camboyanos, y lo mismo ocurre al comparar Teotihuacán, también en el país azteca, con el Palacio Imperial de Beijing.

Energías esotéricas

Pese a todo, la ortodoxia científica parece querer pasar por alto las pruebas mencionadas. No así los grupos esotéricos que se arremolinan en las cercanías de las ruinas de esta ciudad maya, buscando la esencia de su espiritualidad. Lo pude constatar al día siguiente, durante una visita a la Hacienda San Lucas, un enclave mágico, convertido en un refugio familiar desde hace más de un siglo, y situado en lo alto de un cerro desde el que se disfruta de unas privilegiadas vistas del valle de Copán y de parte de las ruinas mayas.

El establecimiento está regentado por la educadora hondureña Flavia Elisa Cueva, que había quedado en pasar a buscarme por el Parque Central alrededor de las seis de la tarde. En su lugar mandó a un tipo con dos caballos.

Me eché a reír. Ya me veía como John Wayne.

Subí a lomos de aquel flaco corcel y cabalgué siguiendo la estela del hondureño, que ataviado con un polo rojo y un sombrero cowboy, me guió por los senderos hasta la hacienda, construida en un entorno evocador en medio de la selva.

Al descender del caballo, dos jóvenes de facciones indígenas vinieron a recibirme. Una me ofreció agua y la otra me invitó a pasar.

—La señora le está esperando —dijo con su peculiar acento.

Mi vista vagó por viejos muebles y estanterías con libros. Iba a coger un ejemplar de *Caballo de Troya*, de J.J. Benítez, cuando Flavia entró en la estancia.

Me invitó a tomar asiento. Después me contó que había pasado más de tres décadas en Kentucky y que, a los cincuenta y siete años, había regresado a su país natal para restaurar ese patrimonio familiar. Durante la cena, Flavia me confesó estar muy contenta de formar parte de lo que llama el «Despertar del futuro». De hecho, ha habilitado en la hacienda un espacio de meditación con vistas a las ruinas, donde realiza lo que denomina Talleres de Diosas.

—¿En qué consisten? —le pregunté.

—Esta reunión de mujeres —me explicó mientras nos servían— está diseñada para transmutar las energías y rezar con el Fuego Sagrado. En ella se llevan a cabo ritos de purificación mayas mediante el Temascal y se entra en estados profundos de meditación por medio de la respiración y la danza.

—Entonces —le pregunté sin rubor—, ¿tú crees que los mayas eligieron este emplazamiento por esas «energías»?

—No sólo eso —respondió Flavia—, estoy convencida que en diciembre de 2004 se abrió lo que creo que es una nueva puerta espiritual para todos aquellos que desean abrazar el espíritu de cariño del universo por medio de los mayas.

Puse cara de incredulidad.

Durante sus frecuentes ausencias, Flavia deposita su confianza en Argui, una arqueóloga bilbaína que, desde hace años, vive en Honduras.

—Este lugar —terció ésta en la conversación— se halla construido sobre piedra arqueológica. Es una oportunidad única estar aquí. Si Tikal es impresionante por su pirámide y por lo colosal de sus templos, Copán es más artística, tiene contenido, cuenta con glifos y estelas únicas.

Y no le faltaba razón a esta joven arqueóloga, de mirada profunda y pelo azabache. Copán no tiene templos altos, pero sus glifos evocan temas que nuestro entendimiento no llega a alcanzar; una verdadera biblioteca en piedra, cuyos secretos aún están por desvelar. No es retórica: la llamada Escalera de los Glifos, que se

extiende a lo largo de veintisiete metros, con diez de ancho, constituye un paradigma de lo que decía Argui.

—Nadie la entiende, nadie la puede leer —confesó—; cada piedra tiene su glifo, y todos son como células de un organismo extraño que parece haber vivido cosas que pocos en el mundo actual ni siquiera sospechamos.

Tuve la oportunidad de comprobarlo a la mañana siguiente, acompañado de mi guía, Antonio Ríos Aguilar.

Estelas y calendarios

La cultura maya fue la única cultura prehispánica que inventó un avanzado sistema de escritura para representar una lengua viva en su momento, por más que sus jeroglíficos se nos antojen hoy grandes y farragosos.

Al final de la Escalera, protegida hoy con lonas para preservarla de las inclemencias meteorológicas, un gran monolito apunta hacia el cielo y registra un eclipse solar. ¿Qué querían conmemorar con él? Es otro misterio.

A medida que los especialistas empezaron a descifrar los secretos de estos jeroglíficos, se ha ido constatando que los mayas disponían de un calendario astronómico capaz de predecir los eclipses solares y lunares, así como los movimientos de Venus y Júpiter. La precisión de estos calendarios es asombrosa, de lo que se deduce que los astrónomos debieron de ser muy importantes en la civilización maya. Hasta hace poco, los arqueólogos creían que Copán era algún tipo de centro ceremonial donde sólo vivían sacerdotes; que los complicados jeroglíficos, que ahora tenía ante mis ojos, no eran otra cosa que predicciones astronómicas y que las figuras humanas eran representaciones de los dioses. En las últimas décadas, sin embargo, se han descifrado importantes sucesos históricos y, sobre todo, hazañas de los reyes cuyo retrato permanece labrado en las estelas.

Antes de visitarlas, permanecí unos minutos más al pie de la Escalinata de los Glifos, casi devorada por las raíces de las ceibas, los árboles sagrados de los mayas. Dibujaba en mi cuaderno

algunos de sus grabados cuando un campesino que estaba sentado en las raíces de una ceiba me explicó que son piedras para los iniciados, para los adeptos del silencio. Miré a Antonio con una sonrisa, queriendo entender. Y él, con tremenda humildad, me confesó ser rosacruz y que muchos estudiosos de las escuelas de misterios se acercan hasta Copán, ávidos de descubrir sus secretos.

La intensa lluvia del día anterior parecía habernos dado una tregua. Un certero rayo de Sol iluminó la Gran Plaza, una explanada tapizada de hierba, en cuyo centro se erige una pequeña pirámide y varias estelas. La mayoría de los jeroglíficos y esculturas de las estelas y altares hacen referencia a 18-Conejo, una de las figuras más importantes de Copán. Antonio, con su sombrero de palma calado en la testa, me fue señalando, con un cayado rematado con una pluma, los dibujos e inscripciones de las piedras, rozándolos mientras me aleccionaba a lo largo del recorrido.

—Ésta es una réplica del Altar Q que vimos en el museo—sentenció.

Sabía que el arqueólogo Herbert Joseph Spinden consideraba que esta piedra cuadrangular representaba una reunión de astrónomos mayas. Presté atención a las explicaciones.

—En él podemos apreciar cuatro figuras en cada cara. Entre los mayas—continuó Antonio—, siempre se afirmaba la existencia de los cuatro: el Incognoscible Adhi-Budha y las tres fuerzas de la creación, o sea, la trinidad dentro de la unidad de vida.

Abrí los ojos como platos.



Un detalle del Altar Q de Copán, en el que se muestra una reunión de astrónomos.

¿Estaría Antonio en lo cierto o se trataba tan sólo de retórica esotérica? En cualquier caso, estaba ávido de saber más.

Examiné meticulosamente las cuatro caras del altar, y las cuatro figuras en cada una de ellas.

—Son los dieciséis gobernantes del mundo maya —me explicó Antonio—. Su fundador mitológico, Yax Kuk Mo, está esculpido pasándole el cetro del poder al último gobernante.

La cara de Yax Kuk Mo parecía la de un reptil, una cabeza de serpiente. ¿Qué significaría? Permanecí callado. Ahora me arrepiento de haberlo hecho.

El Altar Q fue esculpido en el año 776 para celebrar la ascensión al trono de Yax-Pac. Estaba situado frente a la Pirámide 16, que contenía intacto en su interior el ya mencionado templo de Rosalila. Era una costumbre maya destruir o desfigurar los templos o estelas obsoletos y construir sobre ellos, pero los antiguos mayas decidieron preservar Rosalila. Fue enterrado con sumo cuidado y con ceremonial incluido. Los cuartos, molduras y nichos se rellenaron con lodo y piedras, mientras que los paneles trabajados en estuco se recubrieron de una gruesa capa de mortero blanco para proteger la pintura original. ¿Por qué tanto trabajo? La respuesta la hallé poco después gracias a la extensa red de túneles que los arqueólogos cavaron bajo el sitio y que, en su mayoría, permanecen cerrados al público. Yo tuve la fortuna de poder penetrar en ellos.

En el interior de Copán

Descendí por una empinada cuesta hasta dar de bruces con lo que, a la luz de mi linterna, parecía un ser monstruoso. Era la representación de una serpiente emplumada, de cuyas fauces salía un pequeño medallón con el perfil del rostro del Dios Sol o Kinich Yax Kuk Mo. Éste, como desvela el Altar Q, fue el fundador de la ciudad, que, según la leyenda, llegó a Copán desde otra urbe de Mesoamérica.

Hasta no hace mucho, los arqueólogos creían que la historia de Yax Kuk Mo era sólo un mito. Pero en junio de 1989 tuvo

lugar el hallazgo de Rosalila. Un equipo multinacional de arqueólogos, liderado por Robert J. Sharer, que excavó el túnel donde yo me hallaba, debajo del complejo real, en el núcleo de la acrópolis, dio con los jeroglíficos y las tumbas, que se remontan al período en el que gobernó Yax Kuk Mo, por lo que se supuso que se trataba de su tumba. El análisis de sus restos demostró que no era originario de Copán, sino de Tikal, a sólo quince kilómetros de donde me encontraba, confirmando lo que la leyenda aseguraba.

Ya sabía por qué los mayas preservaron Rosalila y la razón de que en su interior fueran hallados tantos objetos rituales. El descubridor del templo, Ricardo Agurcia, halló siete incensarios de barro todavía con carbón en su interior. Dos estaban sobre pedestales de jaguar esculpidos en piedra. También halló ofrendas de cuchillos de pedernal (para sacrificios), nueve elaborados cetros ceremoniales, joyería tallada en jade, conchas de mar, espinas de manta raya (probablemente para perforarse la piel), vértebras de tiburón, uñas de jaguar y restos de pétalos de flores y de agujas de pino.

Lo confieso: salí impresionado de la entrada al inframundo de los mayas, con la angustiada sensación de que aún quedaba mucho por investigar. Las 120 hectáreas son sólo un pequeño porcentaje de la ciudad, que aún permanece enterrada en gran medida.

No había tenido ocasión de realizar ninguna incursión en los misterios del calendario maya, que tan sólo cuatro años después llenarían de temor al mundo moderno. En Copán, precisamente, se halla el reloj más antiguo de América. Me refiero a la llamada «estela D», que data del año 733. Es un tipo de reloj antiguo que funciona basándose en el movimiento de las estrellas y marca los seis movimientos del Sol durante el año. No sólo eso. El 30 de abril de cada año, la sombra del Sol se traslada desde una esquina de la plaza a las escalinatas realizando un recorrido que, al dibujarse en el suelo, se asemeja a una serpiente.

Al final del día, la sombra se posa sobre la escalinata D y la recorre hasta llegar a sus pies, siempre en forma de serpiente, señalando así un acontecimiento astronómico de gran importancia para los mayas. Copán también dispone de «piedras equinoccia-

les», que, según el escritor Daniel Medvedov, otorgan, «mediante la precesión de los astros»,* una antigüedad a la ciudad muy superior a la admitida por la arqueología. Además, nada sabemos a ciencia cierta sobre por qué se abandonó este enclave.

Con todo, en mi mente permanecían, grabados a fuego, los mudras, los rasgos antropomórficos y las semejanzas culturales e incluso lingüísticas que presentaban los mayas con los asiáticos.

Más tarde supe que el antropólogo Arturo Erosa Barbachano aseguraba haber hallado el origen de la lengua maya en ¡Asia Central! y más concretamente, en Mesopotamia. Durante varios meses, Erosa visitó bibliotecas de Yucatán, solicitó información a la Facultad de Antropología de la UNAM y a la Universidad de Austin, Texas, donde encontró información sobre el grupo humano nagas, de la India, al que, en algunos libros, se le denomina *naga-maya*.

Este investigador ha llevado a cabo un estudio comparativo de la lengua maya y la de los nagas; en él constata, en primer lugar, que el 75 por ciento del idioma maya que se habla en América Central proviene de Mesopotamia. De éste, el 35 por ciento parte de la lengua sumeria; el 25 por ciento, de la acadia, y el 15 por ciento de la hitita. Otros estudios le llevaron a sostener la teoría de que los nagas bajaron del Asia Central, llegaron a Mesopotamia y luego cruzaron a América; en su paso por Mesopotamia incorporaron a su idioma las palabras que aprendieron en ese lugar.

El doctor Erosa indica que los mayas se fueron de América en el año 1200 y regresaron a la India, donde viven hasta hoy y se les conoce con el nombre de naga-mayas.

No sé aún si por suerte o por desgracia, la India quedaba muy lejos de Honduras y, también, de España, adonde estaba regresando a bordo del Airbus, que surcaba los cielos del océano Atlántico.

Desde las alturas no podía dejar de pensar en el trabajo del

* Una teoría arqueológica relaciona los diseños y el emplazamiento de los yacimientos con la posición de los cuerpos celestes en el momento en el que fueron construidos.

doctor Erosa. ¿Sería casual que la palabra sánscrita «naga» signifique, precisamente, serpiente y que Kukulcán, el principal dios de los mayas, fuera representado como una serpiente emplumada?

Por su parte, los aztecas rindieron culto a su «serpiente emplumada» Quetzalcóatl y, si seguía tirando del hilo, resultaba que el símbolo del dios griego Hermes, y de su versión romana, Mercurio, eran dos serpientes entrelazadas alrededor de un bastón. ¡Qué curioso! Parecía que existía una fuente común de la que todas las civilizaciones de la antigüedad habían bebido y que nos conducía a un culto a la serpiente. ¿Qué significado podía tener esa clave? Entonces aún lo ignoraba.